

Decimotercer Domingo del Tiempo ordinario B/2018

Todas las lecturas de este domingo hablan de la importancia de la vida. Nos muestran que Dios es la fuente de la vida humana y de nuestro bienestar. Nos invitan a confiar nuestra vida a Dios y a esperar de él nuestra salvación eterna.

La primera lectura del libro de la Sabiduría habla de la realidad de la muerte. Muestra que Dios no creó la muerte ya que todo lo que hizo desde el principio fue destinado a la inmortalidad. Nos revela también que la presencia de la muerte en el mundo viene de la envidia del diablo y no de a la intención de Dios.

Lo que este texto nos enseña es que Dios es generoso y que su creación es buena. Hay también la idea de que la existencia humana está constantemente amenazada por la muerte. Otra idea es la afirmación de la inmortalidad del hombre como corresponde a la intención de Dios manifestada en su creación. La última idea está relacionada con el origen de la muerte que tiene como procedencia al diablo.

Este texto nos ayuda a entender mejor el punto del Evangelio de hoy en que Jesús cura a una mujer enferma y resucita a una muchacha. En primer lugar, el Evangelio relaciona el hecho de que un funcionario de la sinagoga pide la curación de su hija que estaba enferma. Después, relata el caso de una mujer que sufría de flujo de sangre por doce años. Muestra que, a pesar de todos los tratamientos que recibió por parte de diferentes médicos, su salud había empeorado.

Después, el Evangelio muestra como la mujer se acercó a Jesús, en medio de la muchedumbre, tocó sus vestiduras y fue curada de su enfermedad. El Evangelio hace un informe también en la reacción de Jesús una vez que sintió que la fuerza curativa había salido de él y declaró a la mujer que su fe la había salvado. Finalmente, el Evangelio hace un informe de la resurrección de la hija del funcionario de la Sinagoga y del asombro de la gente que asistió al evento.

¿Qué aprendemos de las lecturas de hoy? Hoy quiero hablar de la importancia de la vida y de la realidad de la muerte. De hecho, queremos vivir en abundancia; queremos tener una larga y exitosa vida en la tierra. Por esta razón, hacemos todo lo que esté en nuestro poder a fin de tener éxito en nuestra vida y mantenernos con buena salud.

Sin embargo, a pesar de todo nuestro éxito y nuestros esfuerzos para estar en buenas condiciones, sabemos por experiencia que, tarde o temprano, tendremos que afrontar la realidad de la muerte. De hecho, las lecturas de hoy nos dicen que tanto la vida como la muerte son conocidas por Dios. Por supuesto, Dios no es el autor de la muerte porque no era parte de su plan inicial, pero, al menos sabe que afecta la vida humana.

Cabe aquí una pregunta: ¿Es verdad que queremos vivir?, ¿pero qué tipo de vida es digna de ser vivida, ¿la vida con Dios o sin él? En otras palabras, si Dios es la fuente de la vida humana, ¿cómo conduciremos nuestra vida en la tierra? A tal pregunta San Pablo respondió: “He sido crucificado con Cristo, y ahora no vivo yo, es Cristo quien vive en mí. Lo que vivo en mí carne, lo vivo con fe” (Ga2: 20).

Según estas palabras, una vida vivida dignamente es la de la fe en Jesucristo. Por eso, en el Evangelio, Jesús insiste en ambos casos en la importancia de la fe. Al funcionario, Jesús le dice, “No temas, basta que tengas fe”. A la mujer con flujo de sangre, él le dice, “Hija, tu fe te ha curado”.

La fe es entendida aquí, no como el conocimiento de las cosas de Dios, sino como una confianza en Dios. Por eso, la mujer con hemorragia, en un gesto simple de confianza, salió de entre la muchedumbre y tocó a Jesús con la convicción firme de obtener la curación. Y lo que quiso con todo su corazón, sucedió al instante. Lo mismo pasa con el funcionario de la sinagoga cuya hija Jesús rescató de la muerte. Porque ambos confiaron en Jesús, obtuvieron lo que buscaban.

Sin embargo, siempre tenemos que recordar que la curación de la mujer hemorrágica, así como la resurrección de la hija de Jairo, tenían un carácter de ejemplo. ¿Qué significa esto? Esto significa que, a través de ellas, Jesús quiso darnos un ejemplo para que lleguemos a entender que él es el maestro tanto de la vida como de la muerte. En este sentido, aunque fueron curadas y restauradas a la vida, finalmente un día murieron. Jesús las salvó a fin de mostrarnos que él es el maestro de la vida y de la muerte. Lo que ha hecho con estas dos personas, lo puede también hacer con cualquiera que confía en él.

Por otra parte, Jesús quiso también mostrarnos que la vida humana es transitoria. La única vida que nunca se terminará es la vida con Dios en el cielo. Del mismo modo, la muerte física se ha hecho parte de la vida humana, pero no es la última palabra sobre nuestra vida.

Sin embargo, no significa que, porque esperamos la vida eterna y la resurrección al final de nuestra peregrinación en la tierra, las cosas de este mundo pierden de su interés. Pensar de tal manera sería un error. De hecho, las cosas de este mundo nos son dadas de modo que el uso de ellas nos prepare para el mundo por venir. Por eso, cuando Jesús curaba, su intención era dejarnos probar por anticipado la alegría del cielo. De este modo, entendemos que la curación de la mujer con hemorragia y la resurrección de la niña tenían un carácter de ejemplo.

Mientras nos encontremos todavía en la tierra, tenemos que ayudarnos el uno al otro tan frecuente como podamos en aliviar el sufrimiento, hasta el día en que todos compartamos la resurrección de Jesús en el cielo. Permítannos orar, entonces, para pedir al Señor que aumente nuestra fe en él, a pesar de las situaciones presentes de sufrimiento en las que nos podamos encontrar. ¡Que Dios aumente nuestra confianza en él! ¡Que Dios los bendiga a todos!

Sabiduría 1: 13-15; 2: 23-24; 2 Corintios 8: 7, 9, 13-15; Mark 5, 2-43

Fecha de la Homilía: el 01 de Julio 2018

© 2018 – Padre Felicien I. Mbala, Ph. D, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20180701homilia